

El Medio Universitario: una marca en movimiento

Facilitadora: Jenny Patricia Sánchez Arteaga

Directora Centro de Expresión Cultural

Cronista: Ana María López Rojas

Directora Oficina de Gestión Estudiantil

La vida comienza con una inhalación y se apaga con una exhalación. Así lo recordó la facilitadora de esta conversación aquella mañana de lunes, cuando aún no se había pronunciado ni una sola palabra sobre el Medio Universitario querido. Invitó a cerrar los ojos, a volver a ese primer aliento, a habitar el silencio, a respirar, a sentir, a conectar.

Afuera, la semana empezaba de desperezarse; adentro, el sonido de una flauta tibetana prometía eliminar la energía negativa. Eran cinco mujeres reunidas para conversar y para conectar. La pregunta sobre el sabor del jugo favorito movió el ánimo y rescató al grupo de la pausa tibetana, esa que en principio se inhaló, se sostuvo y se exhaló. “Inhala en cinco, sostiene en cuatro, exhala en cinco”. Ese gesto simple de compartir el sabor del jugo preferido escondía la semilla de lo que vendría después. Un pacto de palabras y de escucha.

Las preguntas comenzaron a asomarse después del silencio, sin prisa: ¿Qué idea tienen del Medio Universitario? ¿Qué experiencias ha tenido de Medio Universitario?

Las respuestas fueron apareciendo como piezas de un rompecabezas que empezó a armarse entre palabras, silencios y memorias. Las participantes coincidieron en la idea de que el Medio no es algo abstracto ni una dependencia de la Universidad. El Medio son personas, espacios, vínculos. El Medio es formación en todas sus formas.

Una de las participantes con experiencia previa en otras universidades puso una ficha clave en el rompecabezas: “en ninguna parte el Medio está tan marcado como aquí”. Esa palabra -marcado- quedó flotando en el aire, como si se tratara de algo más profundo. ¿qué significa que esté marcado? ¿es acaso una huella, un tatuaje, una señal de identidad? El Medio como marca, como símbolo que diferencia y que convoca. Una forma de ser y de estar en la Universidad que deja rastro, que acompaña y modela la experiencia de ser parte de una comunidad, la experiencia de ser parte de LA JAVERIANA.

Otra participante lo nombró de una manera distinta, pero complementaria: “es todo ese mundo de bienestar para la población javeriana”. Hablaba de salud, deporte, acompañamiento, pero también de cuidado y de espacios que acogen. Hablaba de un mundo que se habita, se transita, se experimenta y se vive.

Y entonces casi como un susurro que nombra lo que muchas veces no se dice, otra participante añadió: “es un espacio para no olvidarse de uno mismo”. Una frase sencilla que contenía lo profundo, lo extenso y lo ancho de lo que alcanza a ser el Medio, porque en un contexto donde el reloj marca horarios, agendas implacables, entregas impostergables; el Medio se percibe como un refugio, un lugar -físico, simbólico,

emocional- donde se vale desconectarse del ruido, del esquema, del deber y del correr constante... y volver a uno mismo.

La conversación descubrió un cauce más íntimo en la voz de Alejandra, la estudiante. Sus palabras despertaron el recuerdo de un tiempo que todavía dolía un poco: su inicio en la Universidad en el 2020 de pandemia. Venía de Pasto y había llegado a Cali sola. La expectativa de caminar por los pasillos de la Universidad, conocer una nueva ciudad y nuevos amigos, quedó suspendida en una pantalla. Pero fue justamente allí, en la distancia forzada, en esa virtualidad fría y lejana, en donde el Medio se convirtió en puente, refugio y esperanza.

Alejandra trajo a la memoria clases virtuales de salsa, encuentros con estudiantes de otras carreras y actividades que, aunque estuvieran mediada por una cámara, le permitieron sentir que hacía parte de. “Nos daban esperanza de que algún día iba a terminar esa situación” dijo con una voz serena y una mirada al pasado que dejaba entrever el impacto de aquellos días. Describió ese momento como *“toda una experiencia”*, no solo académica, sino profundamente humana.

A través del Medio, Alejandra no solo descubrió espacios de conexión cultural, espiritual, emocional, deportivos, sino que también comenzó a “enamorar un poco de la ciudad”. Agradeció especialmente haber sido escuchada. Haber sido vista, aún a través de una videollamada. Eso le ofreció compañía, paz y cierta tranquilidad que por esos días no era justamente lo que más se sentía.

Su historia contrastó con la voz de una de las colaboradoras, quien reconoció que, aunque la oferta del Medio es diversa y “tentadora”, su día a día le impone otro ritmo y el trabajo de su dependencia, que implica justamente la atención permanente y el acompañamiento de otros, es un compromiso que algunas veces deja poco tiempo para participar en los espacios que ofrece el Medio.

Ambas voces -la de la estudiante que ha vivido el Medio como una red que sostiene, y la de la colaboradora que lo observa desde la distancia de sus responsabilidades- dejaron entrever que no siempre es fácil encontrar un equilibrio entre el cuidado de los otros y el propio.

Cuando la conversación iba llegando a una de las preguntas de cierre - ¿Qué desafíos interpelan hoy al Medio Universitario? - el círculo se abrió de nuevo, esta vez para mirar hacia adelante.

Una de las participantes puso el acento en los cambios generacionales. “Los estudiantes ahora son más jóvenes, tienen otros gustos”, dijo. Y con esta afirmación lanzó y motivó también interrogantes sobre las nuevas formas de habitar la universidad y la pregunta inaplazable sobre ¿cómo adaptar los espacios, los tiempos y las ofertas del Medio para responder a esas nuevas maneras de ser y estar de los jóvenes?

No se trata solo de habilitar zonas de descanso para dormir, sino de repensar el descanso como experiencia. De imaginar bibliotecas que no solo expongan libros y grandes colecciones, sino también juegos, colores, conversaciones, espacios para conectar y muchas veces, también para desconectar.

El otro gran desafío fue el presupuestal. Las buenas ideas no siempre encuentran eco en la disponibilidad de los recursos. Y si bien el Medio Universitario ofrece una variedad de actividades, no todos los estudiantes tienen la posibilidad económica de participar en ellas. Esa brecha, a veces invisible, limita la inclusión y pone en tensión los principios que sustentan el propio Medio: el acceso, el cuidado y la participación plena.

Cuando la facilitadora preguntó qué había resonado en ellas a lo largo de la conversación, las respuestas no tardaron en aparecer. Hubo un acuerdo tácito que se volvió palabra: El eco más fuerte fue la salud mental. Esa fue la preocupación compartida, en medio de las diferencias de roles, edades y trayectorias, la mayor inquietud fue por el bienestar emocional y ese punto común, no tuvo discusión.

Las participantes hablaron de una transformación generacional -no como una amenaza, sino como una realidad que interpela-. Y con ella, la necesidad de que la Universidad se piense desde otras sensibilidades y desde otras apuestas. “Ellos no se van a adaptar a nosotros”, dijo una de las participantes, con claridad. “Somos nosotros quienes debemos encontrar formas de adaptarnos a ellos”. No basta con pensar estructuras solo para la vida académica. Es necesario pensar en espacios para el descanso, la conexión y la pausa. Espacios donde lo humano, en todas sus formas, tenga lugar.

Porque si el Medio es una marca, como se dijo al inicio, debe ser una marca viva, en movimiento. Una marca que escuche y que abrace. Una marca que se transforme para seguir siendo significativa.

Así, el cierre no fue un punto final. Fue una invitación a seguir pensando. A seguir respirando juntas, como al inicio. A no dejar de escuchar lo que las voces, los cuerpos, los silencios y los espacios tienen por decir sobre el presente que habitamos y el Medio querido que queremos seguir construyendo.